

habiendo sido tributarias del rey Antioco, se habían declarado por el pueblo romano, consiguieron la exención de tributos; las que habían seguido el partido de Antioco, ó habían pagado tributo al rey Atalo, tuvieron que pagar también tributo á Eumeno. Exceptuáronse nominalmente de todo tributo á los colonios de Nocio, los cimenes y los milasenos. Los claromenos, además de esta excepción, obtuvieron la isla de Drymusa como regalo; y los milesianos, la restitución del territorio llamado sagrado, agrandándolo con los territorios de Reata y Gergitho, no tanto como recompensa como á título de cuna del pueblo romano. Por igual consideración recibieron los dardanios la libertad. Los habitantes de Chio, de Esmirna y de Eritreo, en recompensa de la inalterable cohesión que habían mostrado al pueblo romano en aquella guerra, recibieron tierras y todo género de distinciones honoríficas. Los foceos quedaron en posesión de los terrenos que ocupaban antes de la guerra y autorizados para conservar sus antiguas leyes. Los rodios consiguieron la confirmación de los privilegios que les concedió el primer decreto, y les dieron la Lycia y la Caria hasta el Meandro, exceptuando la ciudad de Telmisio. Concediéronse al rey Eumeno el Quersoneso de Europa, la Lysimaquia, fortalezas, pueblos y territorios que habían pertenecido á Antioco; en Asia, se le entregaron las dos Frigias (la del Helesponto y la mayor), la Misia, que le había arrebatado el rey Prusias, la Licaonia, la Miliada, la Lidia y nominalmente las ciudades de Trales, Éfeso y Telmisio. La Pamfilia fué objeto de larga discusión entre Eumeno y los legados de Antioco, porque una parte se encuentra á este lado y la otra al otro del monte Tauro, decidiéndose llevar el asunto al Senado.

Ratificados estos tratados y decretos, Manlio, con los diez comisarios y todo su ejército, se dirigió al He-

lesponto, donde había citado á los jefes de los galos y les enteró de las condiciones que les mantendrían en paz con Eumeno; amonestólos para que cesasen en aquella vida de vagancia armada y se encerrasen en los límites de su territorio. En seguida reunió naves en toda la costa, las unió con la flota de Eumeno, que su hermano Atalo había traído de Elea, y regresó á Europa con todas sus fuerzas, caminando por el Quersoneso á cortas jornadas á causa del inmenso botín que embarazaba su marcha. En Lysimaquia se detuvo para dar descanso á sus bestias de carga y se repusieron por completo, para atravesar en seguida la Tracia, cuyo paso generalmente era temido. El mismo día en que salió de Lysimaquia, llegó á las orillas del río Melana, y al siguiente á Cipsela. Desde este punto corría el camino, por espacio de diez millas, por medio de bosques, angosturas y escabrosidades, decidiéndole aquellas dificultades á dividir el ejército en dos cuerpos, haciendo adelantarse al primero y cerrando el segundo la marcha á considerable distancia; en medio avanzaban los bagajes, carros cargados con el dinero público y el botín más precioso. Entraron de esta manera en las angosturas y de pronto se presentan en las orillas del desfiladero, cerrando el paso, diez mil tracios de cuatro pueblos, alsienos, caenios, maduetanios y corelios. Creíase generalmente que Filippo tenía parte en aquella perfidia, porque estaba enterado de que los romanos regresarian por la Tracia y sabía cuanto dinero llevaban. En el primer cuerpo iba el general, inquieto por los peligros de su posición. Los tracios no se movieron hasta que pasaron las fuerzas armadas; pero cuando vieron fuera del desfiladero al primer cuerpo y lejos todavía el segundo, se lanzaron sobre los bagajes, degollaron á los que los custodiaban, saquearon los carros y arrebataron las bestias con sus cargas. A los gritos, que prime-

ramente llegaron á las fuerzas que habían penetrado ya en el desfiladero y en seguida á las que marchaban delante, acudieron por ambos lados, trabándose desordenado combate en varios puntos á la vez. Los tracios, abrumados con el botín, y que habían acudido para robar, es decir, ligeros y sin armas, cayeron en seguida bajo las espadas; pero los romanos tienen que luchar con las dificultades del terreno, mientras que los bárbaros acuden por senderos conocidos y desaparecen en las hondonadas. Los bagajes y los carros, diseminados aquí y allá, estorban á todos y son obstáculos para el combate; ladrones y robados caen confundidos. Las ventajas ó desventajas del terreno, el valor de los combatientes, el número casi constantemente igual de los que traban pelea, vencen sucesivamente, pereciendo muchos por ambas partes. Ya cerraba la noche cuando los tracios abandonaron el campo, no ahuyentádoles los golpes ni la muerte, sino que se marchaban porque estaban satisfechos del botín.

El primer cuerpo de los romanos salió al fin del desfiladero y acampó cerca del templo de Diana, en paraje descubierto; el segundo cuerpo permaneció en el desfiladero para guardar los bagajes detrás de doble empalizada. A la mañana siguiente reconoció el terreno, y en seguida se puso en marcha para reunirse con el primer cuerpo. En el combate perdieron los romanos parte del bagaje, criados del ejército y soldados en toda la extensión del terreno en que se sostuvo; la pérdida más sensible fué la de Q. Minucio Thermo, varón inteligente y esforzado. Aquel mismo día llegaron á las orillas del Hebrum; en seguida pasaron las fronteras de los aenios, cerca del templo de Apolo, llamado cerrintiano. En seguida encontraron los nuevos desfiladeros de Tempira (así llaman á aquel paraje) tan ásperos como los primeros; afortunadamente, como no hay arbolado en de-

orredor, las emboscadas son más difíciles. Sin embargo, la avaricia de botín había hecho acudir á los tracios (1) otro pueblo tracio; pero aquellos valles descubiertos permitían descubrir al enemigo apostado en el desfiladero, reinando por consiguiente menos terror y confusión entre los romanos; porque á pesar de la desventaja del terreno, podían pelear ordenadamente, en batalla campal llevando al frente las enseñas. Avanzaron, pues, en apretadas filas, lanzando fuertes gritos, y al primer choque, rechazan al enemigo, le hacen volver la espalda, le persiguen y pasan á cuchillo en aquellos desfiladeros, que le son fatales también. Vencedores los romanos, marcharon á acampar cerca del pueblo de los maronitas, llamado Sarren; y al día siguiente, por camino despejado, entraron en la llanura priática, donde pasaron tres días para recibir trigo de los maronitas, que se mostraban muy obsequiosos, y de sus propias navas que venían detrás con toda clase de provisiones. En un día de marcha se trasladaron desde aquel campamento á Apolonia; y desde allí, por el territorio de Abdera, pasaron á Nápoles. Todo este camino, en medio de colonias griegas, se recorrió tranquilamente. En todo el resto de la Tracia, á pesar de que no les inquietaron, permanecieron vigilantes día y noche hasta la entrada de las tropas en Macedonia. Los tracios se habían mostrado mucho más pacíficos con aquel mismo ejército cuando pasó Escipión por aquel camino. La razón era muy sencilla; no llevaba tanto botín para tentarles. Sin embargo, según refiere Claudio, presentáronse entonces cerca de mil quinientos tracios al númida Mutino, que marchaba delante reconociendo el terreno; Mutino

(1) Según Herodoto, éste era el pueblo al que singular filosofía hacía entregarse al llanto por el nacimiento de los niños y celebraba con regocijo los funerales. Habitaba la parte occidental de Rhodope.

llevaba cuatrocientos jinetes númeras y algunos elefantes. Su hijo, seguido por ciento cincuenta jinetes escogidos, se abrió paso por en medio del enemigo, y poco después, en el momento en que Mutino, con sus elefantes en el centro y la caballería en las alas, trababa combate con el enemigo, volvió cayendo sobre su espalda con mucho estrépito, aterrándole en términos que no se atrevieron á acercarse á la infantería. Cn. Manlio pasó de la Macedonia á la Tesalia, después al Epiro y llegó á Apolonia, donde inverló, no atreviéndose á embarcarse en aquella estación.

Al terminar el año dejó la Liguria el cónsul M. Valerio para trasladarse á Roma y nombrar los nuevos magistrados, no habiendo hecho nada en su provincia que justificase tan larga ausencia y tardío regreso. Celebráronse los comicios consulares antes del doce de las kalendas de Marzo, siendo nombrados cónsules M. Emilio Lépido y C. Flaminio. Al día siguiente nombraron pretóres á Ap. Claudio Pulquer, Serv. Sulpicio Galba, Q. Terencio Culeón, L. Terencio Masiliota, Q. Fulvio Flaco y M. Furio Cassipo. Terminados los comicios, el cónsul sometió al Senado la distribución de provincias entre los pretóres. Decidióse que permaneciesen dos en Roma para la administración de justicia; dos fuera de Italia, en la Sicilia y Cerdeña; otros dos en Italia, en Tarento y la Galia. Inmediatamente después, y antes de entrar en funciones, invitóse á los pretóres á que sortearan sus provincias. Serv. Sulpicio obtuvo la jurisdicción urbana; Q. Terencio, la de los extranjeros; L. Terencio la Sicilia; Q. Fulvio, la Cerdeña; Ap. Claudio, Tarento, y M. Furio la Galia. En este año L. Minucio Mirtilo y M. Manlio, acusados de haber maltratado á los legados cartagineses, fueron entregados por orden del pretor urbano M. Claudio y por medio de los faciales á los legados y llevados á Cartago. Entretanto co-

rrían rumores, cada vez más alarmantes, acerca de sublevación en la Liguria. En consecuencia de esto, los dos cónsules, el día que pusieron á deliberación sus provincias y los negocios de la república, recibieron juntamente por provincia la Liguria. El cónsul Lépido combatió aquel senatus-consulta. «Era indigno, decía públicamente, encerrar dos cónsules en los valles de la Liguria. Dos años hacía que M. Fulvio y Cn. Manlio, uno en Europa y otro en Asia, reinaban en cierta manera como sucesores de Filipo y de Antioco. Si se quería tener ejércitos en aquellas comarcas, el mando pertenecía á los cónsules y no á ciudadanos particulares. Su ocupación era pasear intimidando pueblos á quienes no se había declarado la guerra, vendiendo la paz por dinero. Si era necesaria en aquellas provincias la presencia de dos ejércitos, M. Acilio había tenido por sucesor á L. Escipión y éste á M. Fulvio y Cn. Manlio; á Fulvio y Manlio debieron reemplazar C. Livio y M. Valerio. Ahora que estaba terminada la guerra de los etolios, conquistada el Asia de Antioco y vencidos los galos, debía enviarse á los cónsules á mandar los ejércitos, ó llamar las legiones y devolverlas á la república.» A pesar de estas quejas, el Senado perseveró en su decisión acerca de que los dos cónsules tuviesen por provincia la Liguria; Manlio y Fulvio recibieron orden de dejar sus provincias, reunir sus ejércitos y regresar á Roma.

M. Fulvio y el cónsul M. Emilio estaban enemistados, siendo la principal queja de Emilio haber llegado al consulado dos años después de haberlo pretendido, atribuyendo el fracaso á trabajos de M. Fulvio. Para hacerle odioso, sobornó á los legados de Ambracia, y les llevó al Senado: «Los ambracianos, dijeron, vivían en paz; habíanse sometido á las órdenes de los cónsules anteriores, estaban igualmente dispuestos á obedecer á M. Fulvio, y sin embargo, éste les había declarado la

guerra; había talado sus campos, difundiendo en su ciudad el terror del pillaje y la matanza, y por este temor le cerraron las puertas; en seguida se vieron atacados y sitiados; y la guerra había agotado contra ellos todos sus rigores, muertes, incendios, ruinas y pillajes, habiéndoles arrancado de los brazos á sus mujeres é hijos, vendiéndolos como esclavos; habiánles arrebatado los bienes, y para mayor desdicha, habían saqueado todos sus templos; las estatuas de sus dioses y sus dioses mismos, arrancados de sus santuarios y arrebatados; paredes y postes desnudos era cuanto quedaba á los ambracianos para elevar sus adoraciones, sus votos y sus ruegos.» Después de estas quejas, el cónsul, con preguntas péfidas, convenidas de antemano, provocabá explicaciones que parecían arrancadas. El Senado estaba vacilante; pero el otro cónsul, C. Flamínio, salió á la defensa de M. Fulvio. «Caminos antiguos y conocidos emprenden los ambracianos, exclamó. Esos mismos emprendieron los siracusanos contra Marcelo, y los campanios contra L. Fulvio. Iguales acusaciones podrían escucharse de Filipo contra T. Quincio, de Antioco contra M. Acilio y L. Escipión, de los galos contra Cn. Manlio, de los etolios y pueblos de la Cefalonia contra M. Fulvio. Que Ambracia fuese sitiada, tomada por asalto, arrebatadas las estatuas y ornamentos; que los vencidos hayan experimentado todas las desgracias que acompañan á la captura de las ciudades, ¿creéis, Padres conscriptos, que vaya yo á negarlo á nombre de M. Fulvio, como él tampoco lo negaría? Precisamente por estas hazañas os pedirá el triunfo; y la imagen de Ambracia capturada, esas mismas estatuas de cuya sustracción se le acusa, esos mismos despojos de Ambracia los llevará delante de su carro y con ellos adornará la fachada de su casa. En cuanto á la pretensión que se os manifiesta de separarse de los etolios, no tiene

valor alguno: ambracianos y etolios son lo mismo. Así, pues, que mi colega espere mejor ocasión para satisfacer sus odios; si á toda costa quiere aprovechar ésta, que retenga á sus amigos los ambracianos hasta la llegada de M. Fulvio. Por mi parte declaro que no se decidirá nada en cuanto á los ambracianos y etolios mientras permanezca ausente M. Fulvio; no lo consentiré.»

Emilio arguyó sobre la conocida mala fe de su enemigo, diciendo que á fuerza de aplazamientos conseguiría no regresar á Roma mientras se encontrase en ella un cónsul á quien temía. El altercado de los dos cónsules duró dos días, pareciendo obstáculo para toda decisión la presencia de Flamínio. Aprovechóse una indisposición repentina de éste, que le obligaba á ausentarse, y á petición de Emilio, dió el Senado un decreto disponiendo «que se restituyese á los ambracianos todo lo que les pertenecía; que se les devolviesen también su libertad y sus leyes; que se les permitiese establecer según su voluntad peajes por tierra y por mar, á condición de no imponerlos á los romanos y aliados del nombre latino. En cuanto á las estatuas y demás adornos que decían haber sido arrebatados de sus templos, al regreso de M. Fulvio se consultaría al colegio de los pontífices, y su decisión tendría fuerza de ley.» No quedó contento de su victoria el cónsul, y en una sesión poco numerosa hizo añadir al decreto: «Que no parecía que Ambracia había sido tomada por asalto.» Por disposición de los decenviros se ordenaron después tres días de rogativas públicas por la salud del pueblo, azotado en la ciudad y los campos por una peste espantosa. En seguida se celebraron las ferias latinas; y terminadas las ceremonias, se ocuparon los cónsules de las levas (queriendo los dos tener soldados nuevos) y en seguida partieron para sus provincias y licenciaron á todos los veteranos. Después de la marcha de los cónsules, llegó

á Roma el procónsul Cn. Manlio, y el Senado, convocado por el pretor Serv. Sulpicio le concedió audiencia en el templo de Belona. Allí dió cuenta de su expedición, y pidió que se tributasen á los dioses acciones de gracias y que se le permitiese entrar en triunfo en la ciudad; pero se opusieron casi unánimemente los diez comisarios que le acompañaban, y entre otros, L. Furio Purpúreo y L. Emilio Paulo.

«Al darles como legados á Cn. Manlio, dijeron, solamente se había atendido á la conclusión de la paz con Antioco y la fijación definitiva de las condiciones del tratado incoadas por L. Escipión. Cn. Manlio había hecho todo lo posible por turbar aquella paz, y si hubiera podido, para hacer caer por traición á Antioco en sus manos; pero este rey, que conocía la perfidia del cónsul, á pesar de las numerosas entrevistas á que había querido atraerle, había evitado todo encuentro y hasta la presencia del cónsul. Manlio había querido cruzar el monte Tauro, y con sumo trabajo cedió á los ruegos de los diez comisarios y á las palabras de la Sibila, que no predecían más que desastres fuera de aquellos límites fatales; sin embargo, nada pudo impedir que se acercase con su ejército, que acampase sobre la misma cumbre del monte, cerca de las fuentes de los ríos, y á falta de motivos para atacar los estados de Antioco, donde no encontraba más que paz, por medio de largo rodeo marchó á buscar los galogrecos, y sin autorización del Senado, sin orden del pueblo, llevó la guerra á aquella nación. ¿Quién se atrevió jamás á obrar así? Las guerras de Antioco, de Filipo, de Anníbal, de los cartagineses, guerras recientes aún, habían sido discutidas por el Senado y ordenadas por el pueblo. Casi siempre se había comenzado por enviar legados para pedir reparación; solamente en último extremo se declaraba la guerra. Tú, Cn. Manlio, ¿has observado alguna forma-

lidad de éstas para que veamos en ello una guerra pública del pueblo romano y no un bandidaje tuyo? ¿Al menos llevaste directamente el ejército contra los enemigos que elegías? O tomando por todas las asperezas del camino, deteniéndote en todas las bifurcaciones de los senderos; tú, cónsul mercenario, al frente de un ejército romano, ¿no has seguido paso á paso á Atalo, hermano de Eumeno, por todos los recodos de la Pisidia, de la Licaonia y de la Frigia, buscando por todas partes tiranos y fortalezas para obligarlas á rescate? ¿Qué tenías que ver con los oroandos y con tantos otros pueblos inofensivos? Y esa misma guerra que alegas como título para recibir los honores del triunfo, ¿cómo la has hecho? ¿Has elegido tú mismo el tiempo y el terreno? Razón tienes para pedir que se tributen acciones de gracias á los dioses inmortales, mucha razón: en primer lugar, porque no ha perecido el ejército en algún desastre ocasionado por la temeridad del jefe que sin derecho alguno hacía guerra á los pueblos, y además por habernos opuesto bestias más bien que hombres. «No os fijéis solamente en que el nombre de galogrecos tiene mezcla; en su cuerpo y en sus armas es donde hay más mezcla y alteración. ¿Creéis acaso que si hubiésemos tenido que luchar con aquellos galos que hemos combatido mil veces en Italia, con suerte diversa, teniendo un general como Manlio, habría regresado ni siquiera un mensajero para anunciar nuestro desastre? Dos veces les dió batalla y las dos veces comprometió al ejército en terreno pésimo, en profundo valle, casi á los pies de los galos; tanto, que desde las alturas, sin necesidad de dardos, le hubiese bastado al enemigo dejarse caer para aplastarnos. ¿Qué ocurrió? ¿Mucha fortuna tiene el pueblo romano; su nombre es muy poderoso! La reciente ruina de Anníbal, de Filipo y Antioco les tenía casi aturdidos. Flechas y hondas basta-

ron para poner en fuga á aquellos corpulentos guerreros; ninguna espada se manchó con sangre en la guerra con los galogrecos. Como bandada de aves, el silbido del primer venablo les hizo levantar vuelo: pero ¡oh dioses!, la fortuna nos ha hecho ver lo que habría acontecido á tener enfrente verdaderos enemigos. A nuestro regreso, habiendo encontrado bandidos tracios, fuimos batidos, derrotados, despojados. Q. Minucio Thermo, cuya pérdida es por lo menos tan deplorable como lo hubiese sido la de Cn. Manlio, que todo lo había comprometido por su temeridad, murió con multitud de valerosos soldados. El ejército, cargado con los despojos del rey Antioco y disperso en tres puntos, en uno la vanguardia, en otro los bagajes, más lejos la retaguardia, pasó una noche entera oculto en los tallares, en guaridas de fieras. Estas son las hazañas por que se pide el triunfo. Pero aunque no hubiésemos sido derrotados quedando cubiertos de ignominia en la Tracia, ¿de qué enemigos pides triunfar? Supongo será de aquellos que el Senado y el pueblo romano te encargaron combatir. A este título se concedió el triunfo á L. Escipión y M. Acilio, que nos oyen, los dos vencedores de Antioco; y antes que á ellos á T. Quincio, vencedor del rey Filipo, á P. Escipión el Africano, vencedor de Anibal, de los cartagineses y de Sifax. Y aunque el Senado había votado la guerra, tuviéronse en cuenta hasta las formalidades más pequeñas: ¿á quién debían declarar la guerra? ¿La declararían á los reyes personalmente, ó bastaría proclamarla en alguna ciudad suya? ¿Queremos, pues, profanar, abolir estas costumbres? ¿destruir la ley de los faciales? ¿Destruyamos (perdónenme los dioses) la religión, arrojad los dioses de vuestros pechos! ¿Acaso consentiremos que se despoje al Senado del derecho de decidir acerca de la guerra, y al pueblo del de disponer si quiere que se haga guerra á los ga-

los? Hace muy pocos días, los cónsules deseaban vivamente por provincias la Grecia y el Asia; persististeis en asignarles la Liguria y han obedecido. Así, pues, tendrán derecho, si terminan felizmente la guerra, para venir á pedirós el triunfo, apoyados en vuestra previa autorización.»

Tal fué la oración de Furio y Emilio. Dícese que Manlio contestó de esta manera: «Hasta ahora, Padres conscriptos, los tribunos del pueblo solían presentarse como adversarios á las peticiones de triunfo; y les agradezco que, bien por consideración á mi persona, bien por la importancia de mis hazañas, no solamente hayan aprobado mi petición con su silencio, sino que se hayan mostrado dispuestos para hacer ellos mismos la petición al Senado, en caso necesario. Los adversarios los encuentran en los diez legados que nuestros mayores unian á los generales como consejo, para regularizar y legitimar la victoria. Opónense L. Furio y L. Emilio á que monte en el carro triunfal, y me arrebatan la honrosa corona; precisamente los mismos á quienes hubiese invocado como testigos de mis hechos, en caso de oposición por parte de los tribunos. A nadie envidio, Padres conscriptos, los honores que ha conseguido; pero recientemente, vosotros mismos, cuando tribunos del pueblo, varones esforzados é inteligentes, se oponían al triunfo de Q. Fabio Labeón, les hicisteis ceder ante la autoridad de vuestros votos, y Labeón consiguió el triunfo, á pesar de acusarle públicamente sus enemigos, no de haber hecho guerra injusta, sino de no haber visto siquiera al enemigo. ¡Y yo que tantas veces he peleado en batalla campal contra cien mil enemigos de los más indomables, yo que les he cogido ó muerto más de cuarenta mil hombres, yo que dos veces me he apoderado de su campamento, yo que lo he dejado todo á este lado del monte Tauró en una paz tan profunda

como la que goza la misma Italia, no solamente me veo defraudado del triunfo, sino en la necesidad de defenderme delante de vosotros, Padres conscriptos, acusado por mis propios legados! Como habéis visto, Padres conscriptos, la acusacion descansa sobre dos puntos: en primer lugar no tenía ningún derecho para hacer la guerra á los galos; y además me he mostrado temerario é imprudente. ¡Los galos no eran enemigos, vivían en paz, se sometían á nuestras disposiciones! ¡Les has hecho violencia, me dicen! Nos os pediré, Padres conscriptos, que atribuyáis á los galos del Asia la reconocida barbarie de esta raza, su implacable odio al nombre romano y todo lo demás que de ella sabéis. No; prescindamos del odio proverbial de los galos en general, y juzgad á éstos por lo que ellos son. ¡Ojalá estuviesen aquí el rey Eumeno y todas las ciudades del Asia y que pudieseis escuchar sus quejas más bien que mis acusaciones! Enviad en seguida legados á todas las ciudades del Asia, preguntadles cuál era el yugo más pesado de las que se han visto libertadas por la expulsión de Antioco al otro lado del monte Tauro ó por la derrota de los galos; que digan cuántas veces han visto talados y saqueados sus campos; que digan si podían rescatar sus cautivos, si oían hablar con frecuencia de sacrificios humanos, de sus hijos inmolados. Sí, sabedlo; vuestros aliados han pagado tributo á los galos, y hoy, libres como están, gracias á vosotros, del dominio real, continuarían pagando tributo, si yo hubiese permanecido ocioso.

Estando más lejos Antioco, con mayor despotismo habrían dominado los galos en Asia, y todo lo que hay á este lado del monte Tauro se hubiese agregado á su imperio y no al vuestro. Así será, diréis; pero en otro tiempo saquearon esos mismos galos á Delfos, ese oráculo del mundo entero, ese centro del universo, sin que por

ello les hiciese la guerra el pueblo romano. Confieso que creía encontrar alguna diferencia entre el tiempo en que la Grecia y el Asia, independientes de vuestro dominio, no os daban derecho alguno para mezclaros en sus negocios, y esta época en que habéis dado por límites al imperio romano el monte Tauro; en que concedéis libertad, inmunidad á las ciudades; en que agrandáis, estrecháis ó imponéis tributos á los estados; en que extendéis, desmembráis, distribuís ó confiscáis reinos; en que os creéis encargados de asegurar á todos la paz por tierra y por mar. Decid, si Antioco no hubiese retirado sus fuerzas de las ciudades donde permanecían sin embargo perfectamente tranquilas, ¿habríais creído que estaba segura la libertad del Asia? Si los ejércitos de los galos llevaban á todas partes los estragos, ¿qué dones creeríais haber hecho á Eumeno, qué libertad la que habríais dado á las ciudades del Asia? ¿Pero á qué racionar como si no tuviese por vosotros sino por mí solo á los galos por enemigos? A ti apelo, L. Escipión, á ti á quien yo he reemplazado y cuyo valor y fortuna no en vano he pedido á los dioses inmortales; á ti, P. Escipión, que con el título de legado encontraste en el cónsul tu hermano y en todo el ejército la deferencia que se debe á un colega; decid: ¿reconocéis que en el ejército de Antioco había legiones galas? ¿Habéis visto á los galos en las filas, en las dos alas del enemigo, cuya fuerza más robusta constituían? ¿Les combatisteis, matasteis y despojasteis como á enemigos reconocidos? Y sin embargo, contra Antioco y no contra los galos decretó el Senado y ordenó el pueblo la guerra. Pero no, el decreto y la orden comprendían á cuantos se encontraban en las filas de Antioco; y todos aquellos, exceptuando solamente Antioco, con quien trató L. Escipión, á quien vosotros otorgasteis terminantemente la alianza, todos eran enemigos, porque todos tomaron las ar-

mas por Antioco contra nosotros. Ahora bien: entre todos estos, encontrábanse en primer lugar los galos, algunos reyezuelos y tiranos; habiendo dado satisfacción estos últimos á la dignidad de vuestro imperio, habiendo expiado duramente su falta, les concedí la paz; en cuanto á los galos, lo he intentado todo por dulcificar si era posible su agreste carácter; pero encontrándoles indómitos é implacables, tuve al fin que emplear la fuerza de las armas para reducirles. Ahora que me he justificado de la acusación de haber emprendido esta guerra, debo dar cuenta de mi expedición; y en este punto confiaría igualmente en mi causa si me encontrase, no delante del Senado romano, sino delante de los cartagineses que, según dicen, crucifican á sus generales, á pesar de sus victorias, cuando los planes han sido malos. Pero en una república que, al frente de cuanto emprende y cuanto hace, coloca el nombre de los dioses, para que la calumnia ceda ante la aprobación del cielo; en una república que se sirve de estas palabras solemnes al decretar un triunfo ó solemnes acciones de gracias: «Por haber servido bien y fielmente á la república»; aunque no quisiera, por humildad y modestia, celebrar mi valor, y cuando por mi ventura y la de mi ejército, por haber vencido sin la pérdida más pequeña una nación formidable, pidiese dar gracias á los dioses y subir en triunfo al Capitolio, donde, según costumbre, hice votos al salir, ¿me lo negaríais y al mismo tiempo á los dioses inmortales? Que batallé en mal terreno. Dí, ¿dónde podía encontrar sitio mejor? El enemigo era dueño de la montaña; habíase encerrado en una posición fortificada, y era necesario ir á buscarle para combatirle. ¡Cómo! Si hubiese tenido una ciudad en las alturas, si hubiese estado guarecido detrás de murallas, ¿no habría tenido que sitiarse? ¿Tenía M. Acilio en las Termópilas la ventaja del terreno cuando dió

batalla á Filipo? ¿Y Filipo no estaba igualmente situado por encima del Aous en las alturas, cuando le precipitó T. Quincio? A la verdad no comprendo qué idea se han formado de los galos ó quieren que os forméis vosotros. Si era un pueblo degenerado, afeminado por las delicias del Asia, ¿qué peligro había en comprometerse en un terreno difícil? Si era un enemigo temible por su fiereza, por su corpulencia, por su vigor, la victoria es grande: ¿me negaréis el triunfo? La envidia es ciega, Padres conscriptos; no sabe otra cosa que desacreditar el mérito, envenenar los honores y las recompensas que obtiene. Os ruego, Padres conscriptos, que perdonéis la extensión de mi discurso, en el que no entra por nada la vanidad, y de la que solamente son responsables mis acusadores. En cuanto á mi paso por la Tracia, ¿podía yo ensanchar los caminos, allanar las cumbres; reemplazar con llanuras los bosques, impedir á los bandidos tracios conocer las guaridas de su país, emboscarse en ellas, robarnos algunos efectos, arrebatár algunas de nuestras mil bestias de carga, herir algunos de los nuestros y entre ellos á un varón esforzado é inteligente, Q. Minucio? Insístese mucho en la desgraciada circunstancia que nos ha hecho perder un buen ciudadano. Pero acerca de que, á pesar de lo embarazoso de nuestra marcha, en medio de senderos peligrosos, atacados por el enemigo, nuestra vanguardia y retaguardia envolviesen el ejército de los bárbaros, cebados en nuestros bagajes, que destrozasen á muchos miles en la jornada, que cogiesen ó matasen muchos más en pocos días, no se dice ni una palabra, como si creyesen que podíais ignorarlo, cuando todo un ejército entero puede confirmar mis palabras. Aunque no hubiese empuñado la espada en Asia, aunque no hubiese visto siquiera al enemigo, no merecería menos el triunfo como próconsul por mis dos comba-



tes en la Tracia. Pero ya he hablado bastante; si lo he hecho con más extensión que quería, si os he cansado con mi oración, os ruego me perdonéis. Padres conscriptos.»

Aquel día hubiese podido más la acusación que la defensa si no se hubiese prolongado hasta muy tarde la controversia; el Senado se disolvió inclinado á negar el triunfo. Al siguiente día redoblaron sus esfuerzos los parientes y amigos de Cn. Manlio, favoreciéndoles la autoridad de los ancianos. «No había ejemplo, decían estos últimos, de que un general vencedor, que había derrotado á los enemigos, cumplido su misión y traído su ejército, entrase en la ciudad sin carro, sin laureles y como un ciudadano particular.» Aquellas austeras voces avergonzaron á la malignidad y se votó el triunfo por considerable mayoría. No tardó en borrarse el recuerdo de esta discusión ante asunto mucho más grave y en el que figuraba el nombre de un varón inmensamente más ilustre. Según Valerio Ancias, P. Escipión el Africano fué citado para comparecer en juicio por los dos Q. Petilio. Este acontecimiento dió lugar á diferentes interpretaciones según los caracteres; sublevábanse unos, no contra los tribunos del pueblo, sino contra la ciudad entera, que consentía aquel ultraje. «Las dos ciudades más grandes del mundo, decían, mostraban casi al mismo tiempo igual ingratitud contra los dos ciudadanos más ilustres; pero Roma era la más ingrata; Cartago vencida, había expulsado, desterrado á Annibal vencido; pero Roma victoriosa expulsaba al Africano vencedor.» Los otros decían: «Jamás debe ser un ciudadano superior á las leyes; nada tan á propósito para sostener la igualdad en una república, como la obligación de los más poderosos de responder á las acusaciones. ¿Qué garantía tendrían al confiar á un ciudadano un cargo sencillo, y con mayor razón la autoridad

suprema, si no se le podían pedir cuentas? No es injusto el empleo de la fuerza contra todo el que es enemigo de la igualdad.» Tales fueron las discusiones hasta el día de la comparecencia; jamás ciudadano alguno, jamás el mismo Escipión se presentó en el Foro con cortejo más vario y numeroso que se presentó en aquel día el acusado. Intimidado para que contestase, sin decir ni una palabra acerca de las imputaciones que se le hacían, habló con tanta nobleza de sus hechos, que por unánime opinión, nunca se oyó panegírico más elocuente y verdadero. Y era que lo pronunciaba con el corazón y el ánimo que impulsaron al guerrero, y no podía extrañar á los oídos un relato que se inspiraba en el peligro y no en la vanidad.

Los tribunos del pueblo reprodujeron las antiguas acusaciones de la molicie en la invernada de Siracusa y las turbulencias que ocasionó Pleminio en Locros; el delito de venalidad lo fundaron en sospechas más bien que en pruebas. «Habíasele entregado sin rescate su hijo prisionero, y en toda circunstancia habíase dirigido Antíoco á Escipión solo, como si los romanos le hubiesen constituido único depositario de la paz y la guerra; el cónsul había tenido en él un dictador y no un legado, y si había seguido á su hermano fué solamente para conseguir, como en otro tiempo en España, en la Galia, en Sicilia y en Africa, que se persuadiesen los reyes, las naciones y todo el Oriente que un solo hombre era la cabeza y el brazo del imperio romano; que aquella ciudad, dueña del mundo, vivía á la sombra de Escipión; que un gesto suyo valía tanto como los decretos de los Padres y los mandatos del pueblo.» De esta manera se esforzaban por hacerle sospechoso, ya que no podían declararlo criminal: hablóse hasta la noche y el juicio quedó aplazado. En el día señalado, los tribunos ocuparon su puesto en los Rostros al amanecer y